

La novela erótica de Vargas Llosa

Guillermo NIÑO DE GUZMAN

Escribir una novela erótica en estos días implica asumir un reto del cual es muy difícil salir bien librado. No sólo porque esta vertiente ha sido bastante transitada en la historia de la literatura (y de allí que sea fácil caer en la mera imitación o en el lugar común) sino porque sus manifestaciones comerciales han contribuido, lamentablemente, a subvaluar el género y, por tanto, a ahuyentar a los escritores "serios". En ese sentido, creo que es una agradable sorpresa el hecho de que Mario Vargas Llosa haya optado por incursionar en la novela erótica con **Elogio de la madrastra**, de reciente aparición en la colección "La sonrisa vertical" que el cineasta (y erotómano) español Luis G. Berlanga dirige para Tusquets Editores.

Vargas Llosa se aparta de las convenciones del género al urdir una historia en la que juega un papel esencial una pinacoteca de seis pinturas de diversos artistas y épocas. Siendo uno de los escritores que mejor diseña la estructura de sus novelas, Vargas Llosa ha sabido recurrir a este elemento extra-literario, el cual funciona como una suerte de velo que interrumpe cada cierto tiempo el contacto del lector con la historia principal (la seducción de la madrastra por su hijo adoptivo) a la vez que alimenta y exagera su significación erótica.

A diferencia de lo que un simple y limitado pornógrafo podría hacer, el autor peruano despliega una habilidad narrativa que le permite mostrar y no mostrar alternadamente, escamoteando elementos eróticos en su punto de clímax para volver sobre ellos con renovada intensidad. Al ser el lector una especie de **voyeur**, el autor debe esforzarse por complacerlo apelando a la frustración o a la exaltación en momentos precisos, sabiamente dosificados, de modo que el relato no pierda interés. De otra manera, como ocurre con la pornografía barata, la narración de actos sexuales corre el riesgo de ser aburrida y mecánica, sin gracia alguna. En esa perspectiva, quizá el mayor logro de **Elogio de la madrastra** sea el poder que tiene de cautivar al lector de principio a fin, aumentando y refrenando la pasión en forma constante, para prolongar y hacer más intenso el goce como en un buen acto de amor.

Me gustaría hacer hincapié en otro atractivo de la novela. Se trata del humor que encubre la mirada del narrador: un humor muy fresco, incluso cachaciento que rompe sutilmente con el aparente realismo del relato y le otorga un carácter de divertimento. Me imagino que Vargas Llosa debe haber disfrutado mucho al escribir esta novela y, a ratos, durante la lectura, me parecía entrever una mirada pícara, un guiño de complicidad dirigido al lector. La actitud del narrador parece identificarse con aquella mezcla inextricable de inocencia y malicia que define a Fonchito, el protagonista, aportando una cuota de perversidad como ingrediente erótico.

Por otro lado, la elegancia de la frase le permite describir actos que por su naturaleza podrían resultar repulsivos. En efecto, uno de los episodios más logrados de la novela son aquellas páginas en las que se explaya sobre el ritual higiénico de don Rigoberto. No conozco una descripción tan bien hecha (y tan cómica) en la historia de la literatura de un acto fisiológico cuya referencia por lo general suele ser circunstancial y, además, motivo de elipsis. En todo caso, me viene a la memoria la destreza verbal de Quevedo para aludir a actividades semejantes, así como la escena de Leopold Bloom ocupado en esos menesteres en el **Ulises** de Joyce.

Esa elegancia de la frase que he mencionado me lleva a destacar el trabajo excepcional con el lenguaje que ha logrado Vargas Llosa en esta novela. Sin duda, en ninguna otra obra suya se había preocupado tanto por labrar una prosa tan exquisita. Fluida, musical, eminentemente sensual, apunta al deleite de los sentidos como si estuviera vibrando en nuestros oídos con una suave cadencia. El fulgor poético que emana de ella le otorga a determinados pasajes -la interpretación de cuadros de Bacon y Szyszlo, por ejemplo- una dimensión que los aproxima al poema en prosa.

En cuanto a esos episodios, una lectora me hizo observaciones relativas a la pertinencia de algunas pinturas. Si bien en el caso de los cuadros de Jordans, Boucher y Tiziano el contenido erótico era obvio, ponía en discusión la inclusión de obras de Bacon, Szyszlo y, sobre todo, de "La anunciación" de Fra Angelico. Yo sólo puedo responder que la intención de Vargas Llosa parece ser la de ligar el erotismo con lo sagrado e incluso con lo metafísico, cuyos profundos vínculos ha estudiado Georges Bataille, en un intento por dar un significado más amplio, cabal y trascendente a esta manifestación del ser humano. Después de todo, como dice el autor de **Madame Edwarda**, "el erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte".

En suma, considero que Vargas Llosa sale muy airoso del reto que supone escribir una novela erótica. **Elogio de la madrastra** es una obra deliciosa, uno de esos admirables libros "para leer con una sola mano", como diría otro ilustre cultor del género, el cubano Cabrera Infante.